

A. BROWN

LA MADONA DE LOS PATRIOTAS

A. BROWN

LA MADONA DE LOS PATRIOTAS

*Traducción e introducción:
Michel Hermelin*



MEDELLÍN - COLOMBIA, 2011

A. Brown.

La Madona de los patriotas / A. Brown ; traductor Michel Hermelin. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2011.

256 p. ; 25 cm. -- (Rescates)

ISBN 978-958-720-084-3

1. Salavarieta, Policarpa, 1795-1817 - Crítica e interpretación
 2. Novela histórica colombiana 3. Colombia - Historia - Guerra de independencia, 1810-1819. I. Hermelin, Michel, tr. II. Tít. III. Serie.
- Co863.6 cd 21 ed.
A1279927

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

LA MADONA DE LOS PATRIOTAS

TRADUCCIÓN E INTRODUCCIÓN: Michel Hermelin

PRIMERA EDICIÓN EN LA COLECCIÓN RESCATES

© DE LA TRADUCCIÓN: MICHEL HERMELIN

© FONDO EDITORIAL UNIVERSIDAD EAFIT
CARRERA 49 No. 7 SUR - 50 MEDELLÍN

DISEÑO DE COLECCIÓN: Alina Giraldo Y.

ILUSTRACIÓN DE CARÁTULA: DIBUJO Y LITOGRAFÍA DE CELESTINO MARTÍNEZ

ILUSTRACIÓN DE GUARDAS: Grabado de Riou. Vista panorámica de Bogotá

ILUSTRACIONES PÁGINAS INTERIORES:

Del semanario *Journal des Voyages et des Aventures
de Terre et de Mer*, París, 1877-1929

ISBN: 978-958-720-084-3

AGRADECIMIENTOS

Esta traducción no hubiera visto la luz del día sin la labor perseverante e incansable de Imelda Nieto, quien tuvo a su cargo la delicada labor de digitar las sucesivas versiones hasta lograr el resultado final. Le quiero agradecer aquí su infinita paciencia.

También agradezco al Fondo Editorial de la Universidad EAFIT el haber acogido esta propuesta, por cierto bastante particular en cuanto a su género.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	
(NOTA DEL TRADUCTOR)	9
PRIMERA PARTE	
LAS FIESTAS DE SANGRE	17
SEGUNDA PARTE	
LA ESPÍA	97
TERCERA PARTE	
POR LA PATRIA	169

INTRODUCCIÓN
(NOTA DEL TRADUCTOR)

Hace ya varias décadas, Daniel Samper Pizano y Pedro Gómez Valderrama publicaron una serie de artículos en los que intentaban un recuento de las obras inspiradas en Colombia que se habían escrito en Europa.

Pocos años antes de su muerte, tuve la oportunidad de conocer al maestro Gómez Valderrama, cuyas obras siempre he admirado; le comenté respecto al tema anterior un recuerdo de infancia: a los 11 años, recién llegado de Venezuela donde después de una niñez vivida en Francia había estado con mi familia durante año y medio, había descubierto en el desván de la casa de mi abuelo materno un volumen del semanario francés del siglo XIX *Journal des Voyages* donde estaba publicada, por entregas, una novela inspirada en la vida y muerte de Policarpa Salavarrieta. Mi quinto año de primaria en el Colegio de la Salle de Barquisimeto me había dejado un conocimiento suficiente acerca de las guerras de independencia para apreciar el hallazgo. En esa oportunidad le prometí a don Pedro que trataría de rescatar la obra.

Pasaron muchos años antes de que pudiera cumplir mi promesa. La casa de mi abuelo, localizada en una población de la Brie, al suroriente de la Ile-de-France, había sido vendida y fue luego arrasada para permitir la ampliación de una edificación vecina. Mi hermana, que siguió viviendo en Francia, había recuperado algunos objetos, pero no recordó el libro cuando le pregunté por él.

Aproveché unos días libres en París para incursionar en la Bibliothèque Nationale François Mitterrand y pude localizar los

microfilms del *Journal des Voyages et des Aventures de Terre et de Mer*, semanario que se publicó en París desde 1877 hasta 1929.

Era, tal como lo recordaba, una publicación de gran tamaño, con magníficas ilustraciones consistentes en dibujos hechos a pluma, grabados y fotografías.

Cada ejemplar valía 15 céntimos de franco y la suscripción anual valía 8 francos en París, 10 francos en el resto de Francia y 12 francos en los demás países de la “Union Postale”. Ofrecía relatos de viajes, de exploraciones, guerras coloniales y europeas, relatos de “aventuras”, (entre los cuales estaba el que buscaba), mapas, una sección de filatelia y otra de juegos y problemas geográficos con premios para las respuestas correctas. Su lectura deja percibir un tufillo de chauvinismo obviamente francés y una abierta adhesión al concepto de colonialismo como la redención de los “pueblos salvajes”. Debió cumplir sin embargo una función educativa, como lo dejan entrever respuestas acertadas a preguntas acerca del descubrimiento del oro en California, el origen de las esmeraldas “du Pérou” y el descubrimiento de la desembocadura del Mississippi.

Allí logré descubrir los capítulos de *La Madona des Patriotas*, novela publicada en 1894 y 1895. Posteriormente a mi exploración de la Bibliothèque Nationale, donde logré sacar algunas fotos de los microfilms, tuve la agradable sorpresa de descubrir el volumen de 1895 en la biblioteca de mi hermana, quien lo había rescatado de la casa del abuelo sin ponerle mucha atención. Tuvo la gentileza de obsequiármelo y de ahí se han sacado algunas de las ilustraciones que acompañan este relato. La posterior puesta en la red electrónica de la totalidad de la obra permitió completar esta traducción.

El relato está elaborado alrededor de episodios de las guerras de independencia de Colombia y Venezuela: la represión de la Reconquista, los enfrentamientos entre patriotas y realistas en los Llanos, el fusilamiento de la Pola y finalmente la toma de Bogotá por los ejércitos libertadores después de la batalla de Boyacá.

La Pola aparece allí como una rica aristócrata criolla de la sociedad bogotana, con amistades y conexiones en todo el alto mundo colonial. Su hermosura y su fortuna la hacen un partido muy cotizado entre los notables chapetones y criollos. Eso no corresponde a la realidad histórica, pero es mejor dejar que el lector descubra uno a uno los personajes del libro original y las libertades que se tomó el autor, A. Brown, un desconocido. Un año antes había publicado en la misma revista, también por entregas, otra obra sobre las guerras de independencia llamada *La guerra a muerte*. No hay duda de que conoció a Colombia, pues las descripciones de los acontecimientos, de las localidades y de los paisajes revelan una familiaridad muy explícita con el tema. Posiblemente fue un militar, tal vez un diplomático, como lo revelan sus minuciosos relatos de batallas y de estrategias. No he podido averiguar nada al respecto.

Espero que el lector disfrute esta obra, que sólo debe considerarse como un testimonio de la forma cómo nos veían los europeos de fines del siglo XIX. También espero con esta traducción saldar mi deuda con el difunto Pedro Gómez Valderrama, escritor que sigue mereciendo toda mi admiración.

Michel Hermelin
Octubre de 2010

LA MADONA DE LOS PATRIOTAS

PRIMERA PARTE

LAS FIESTAS DE SANGRE

I

Una ciudad muerta. – La procesión fúnebre. – Los condenados.
– El generalísimo Morillo. – Ignacio Valdéz, conde de Borburata.
– Pola Zalbarita. – El ahorcamiento. – Los suplicios del *banquillo*.¹
– Una voz vengativa.

El sol brillaba alegremente en un cielo despejado; su luz resplandeciente coloreaba de tintes dorados las blancas fachadas de las casas y recortaba con precisión las sombras proyectadas sobre el piso por las curvas dentadas de los tejados, por el follaje de los árboles alineados en doble fila a lo largo de las principales calles de Bogotá. La claridad deslumbrante, la tibieza del aire, el esplendor del sitio enmarcado hacia el oriente por las cimas de la cordillera de Suma Paz,² evocaban el recuerdo de las comarcas privilegiadas, de algunos paraísos esparcidos sobre la tierra, donde todo convoca a la alegría de vivir en medio de una perpetua primavera.

¹ Las palabras escritas en cursiva están en castellano en el texto original.

² Se respetó la ortografía de los nombres de lugares utilizada en el texto.

Sin embargo, un silencio triste, aterrador, el silencio de las soledades abandonadas para siempre, reinaba en la ciudad. Ni una cabeza se asomaba a las ventanas; nadie en las calles, ni aún en los umbrales de las casas. Todas clausuradas y mudas, parecían entristecidas por lutos recientes, por un desconuelo punzante e indefinido.

De repente retumbó un cañonazo; las vibraciones del estampido repercutieron en los lejanos ecos de la montaña. Las campanas de la iglesia repicaron al unísono. Poco a poco hombres, mujeres, niños, aparecieron en las calles, formaron una muchedumbre y se dirigieron hacia la plaza de mercado, obedeciendo probablemente a una orden dada de antemano, pues la plaza, pese a sus grandes dimensiones, se encontró de pronto invadida por una multitud muy diversa, españoles, indios, criollos, mestizos, negros y zambos que se codearon con una indiferencia aparente. Sin embargo, muchos ojos miraban hacia el suelo en forma hipócrita o tímida, brillaban a veces fieros destellos y lanzaban furtivos vistazos de odio hacia tres cadalsos levantados a algunos pasos del palacio del virrey y hacia una vulgar banca de piedra recostada contra la base de una muralla espesa. Era el *banquillo*, donde sentaban a los condenados a muerte antes de fusilarlos.

Un segundo cañonazo retumbó. De repente, las campanas cesaron sus tañidos reservados a las grandes ceremonias y empezaron a doblar en el paisaje asoleado, fúnebres, lúgubres, desoladoras como un quejido desesperado. Las puertas de la catedral se abrieron de par en par y salió una procesión de sacerdotes revestidos con sobrepellices, de monjes, de penitentes cubiertos de sambenitos que sostenían teas encendidas. Detrás, a poca distancia, venían nueve hombres con las manos atadas, descalzos, vestidos de bastos *ponchos* sobre los cuales un pintor sin experiencia había dibujado calaveras y osamentas cruzadas. Un pelotón de granaderos escoltaba a esos pobres diablos cuyos rostros pálidos y enflaquecidos expresaban una dolorosa resignación. Detrás venían otros monjes, cofradías religiosas con

sus pendones, jinetes, soldados armados y finalmente un palio con penachos llevado por oficiales, bajo el cual caminaban tres canónigos revestidos de esclavinas.

Cuando los maceros que precedían la procesión alcanzaron la mitad de la plaza, se oyó un redoble de tambores que imitaba el ruido sordo del trueno lejano. La muchedumbre se arrodilló. Los monjes entonaron a viva voz uno de los himnos del oficio de los difuntos: “Día de ira; día terrible en el que el universo será reducido a ceniza, como lo atestiguan David y la Sibila”.

La procesión siguió su marcha lenta, desenvolviéndose sobre el suelo gris y polvoriento como una gigantesca serpiente. El canto de los monjes, interrumpido por un instante, volvió a empezar: “Qué terror se apoderará de los hombres cuando el Juez vendrá para escudriñar su alma y sus obras”.

Las campanas no dejaban de doblar y su zumbido lamentable se armonizaba ahora con las sombrías amenazas del himno religioso. “Con un ruido espantoso la campana despertará los muertos en el fondo del sepulcro y los reunirá delante del trono del Señor. La naturaleza y la muerte se llenarán de espanto cuando la criatura resucite para responder ante su juez”.

Los principales dignatarios de la Nueva Granada, funcionarios civiles y militares, mujeres de las altas clases sociales revestidas de ricos atavíos, se asomaron desde uno de los balcones del palacio de gobierno y miraron con ávida curiosidad esos centenares de cabezas que llenaban la plaza. Bajo la presión de la muchedumbre, el inmenso séquito se acercó al palacio; y mientras miles de voces saludaban a la gente oficial, el canto de muerte seguía inexorable sin detenerse: “Se traerá el libro que contiene todo lo que debe servir para el juicio del mundo”.

La procesión giró en torno de los cadalsos. Los que la integraban se filaron alrededor de los siniestros instrumentos de suplicio, dejando un vacío estrecho a lado del *banquillo*. Los nueve condenados fueron traídos, o más bien empujados, hacia el centro de ese círculo inaccesible a todo sentimiento de piedad. Algunos

se doblaban humildemente y lloraban, otros erguían la cabeza en una actitud de desafío.

Para ver mejor a esos desgraciados, cuyos minutos estaban contados, la muchedumbre se lanzó hacia delante. Los soldados la detuvieron profiriendo palabrotas e imprecaciones. Se produjo un fuerte rumor al que se sobrepuso otro verso de la prosa cantada por los monjes, como el fragor del trueno domina los demás ruidos de la tempestad.

“Cuando el juez se siente, todos los crímenes secretos serán revelados; ninguno permanecerá sin venganza”.

El canónigo levantó la mano para bendecir. Los penitentes apagaron las teas en el suelo. Un capuchino con barba larga, cabeza rapada y ojos relucientes de fanatismo gritó con voz grave: “Los enemigos de la religión y de la monarquía perecerán y desaparecerán sin dejar más huellas que la llama disipada en el aire”.

Luego un escribano del consejo de guerra se acercó y leyó la sentencia que castigaba con pena de muerte a los denominados: Vicente Acuzar, Juan Tejada, Felipe Sarzel, José Benavides, Jesús Ortega, Francisco Villanueva, Jorge Fragosó, Joaquín Cienfuegos y Gregorio Caraldós, por crímenes de rebelión, de alta traición y de lesa majestad cometidos contra Fernando VII, rey de todas las Españas, crímenes perpetrados por palabras, gestos y “malas intenciones”.

La sentencia rezaba que los tres primeros culpables serían ahorcados, mientras que los otros, por un “favor especial” concedido por clemencia del Rey, deberían ser fusilados uno tras otro.

¿Tratábase de no privar al populacho de la dosis de emoción que vanamente hubiera buscado fuera de un espectáculo sanguiinario? ¿No se intentaba, sobre todo, aterrorizar a esa parte de la población que difícilmente aguantaba el yugo de la autoridad española y recibía con diligencia las ideas modernas?

Un silencio de algunos segundos siguió la lectura de la sentencia. El virrey Sámano había prometido asistir a la ejecución de los rebeldes y no estaba en el balcón ya ocupado por la élite de la sociedad bogotana. Pero la espera no fue larga. Los tambores redoblaron, los soldados presentaron las armas y Sámano apareció. Lo acompañaban dos hombres, personajes sin duda importantes, pues les cedió el paso para colocarlos en primera fila.

Uno llevaba el uniforme de general. Fue reconocido rápidamente por la turba humana que siempre se agita en los bajos fondos de una gran ciudad, sobre todo en épocas oscuras. Una ruidosa aclamación lo acogió. Saludó con frialdad, casi con desdén.

Era Pablo Morillo, conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, comandante en jefe de los ejércitos del Rey en la provincia de Quito, el virreino de Nueva Granada y la capitanía general de Caracas. Los poderes que le habían sido conferidos hacían de él un déspota absoluto. Ninguna autoridad superaba la suya, nadie controlaba sus actos, ningún consejo podía guiarlo. Todo le era permitido mientras mantuviese la obediencia pasiva de las colonias que aspiraban a la independencia e intentaban sacudirse de la tiranía que las oprimía.

Sus inicios en tierra americana habían sido afortunados. En reemplazo de generales poco hábiles, se había apoderado de Cartagena, había repelido a los patriotas en varios encuentros y después de varios reveses y victorias había vuelto a establecer el dominio español sobre Caracas, Barcelona, Cumaná, Bogotá, Valencia, Barinas y otras ciudades. La represión fue tan atroz que pudo vanagloriarse de no haber dejado en Venezuela un solo hombre del cual la metrópoli hubiese podido desconfiar.

En Bogotá, donde había instalado su cuartel general, había ejercido represalias espantosas, pese a un tratado firmado por el brigadier Latorre, que prometía amnistía total para todos los hechos relacionados con la insurrección. Seiscientas personas fueron ahorcadas o fusiladas, más de mil fueron encarceladas en forma arbitraria. Los exilios y los decomisos alcanzaron cifras

increíbles. Después de algunos meses de ese régimen de terror, la ciudad adquirió el aspecto de una necrópolis.

El segundo personaje traído por Sámano era un desconocido para los habitantes de Bogotá. En su rostro de leguleyo había algo sospechoso que inspiraba desconfianza, casi repulsión. Se llamaba Ignacio Valdéz y a ese nombre plebeyo agregaba ahora el título de Conde de Borburata, título pedido por Murillo para recompensar sus servicios, o, en otras palabras, su tiranía sin freno ejercida en toda la capitania general de Caracas.

Antiguo presidente del “Consejo de Purificación”, de la “Junta de Decomisos”, de los “Consejos de Guerra Verbales”, instituciones arbitrarias y odiosas, había aterrorizado toda la región dependiente de Puerto Cabello, el segundo puerto de Venezuela. Cuando había acompañado a los ejércitos españoles que operaban en la Guayana venezolana, había caído prisionero. Los patriotas quisieron matarlo, pero gracias a la declaración caballerosa de un francés que afirmó haberlo incluido en una capitulación prometiéndole la vida, recobró su libertad.³ Con el corazón ulcerado, irritado, lleno de odio, acudió a Murillo para saciar sus deseos de venganza contra los patriotas.

Los acontecimientos parecían favorecer los proyectos sangui-narios de esos dos hombres, tan temiblemente armados para el mal, ya que los patriotas acababan de apoderarse de Angostura, la ciudad principal de la Guayana venezolana y expresaban su intención de marchar hacia Caracas y luego hacia Bogotá. Esta noticia, inicialmente mantenida en secreto, se difundió en forma rápida y todos los que deploraban la opresión molesta y cruel de la soldadesca española recobraron la esperanza. Algunos tuvieron la imprudencia de alegrarse, de mostrar su felicidad con palabras que la malevolencia transformó en “discursos sediciosos”.

³ “La Guerre a Mort”, *Journal des Voyages*, núm. 715-752.

¿Cómo así? ¿A pesar de los ahorcamientos, los fusilamientos, las masacres masivas, las mutilaciones, las torturas, los encarcelamientos y las expoliaciones, los oprimidos se atrevían a volver a levantar la cabeza, a formular votos por el éxito de los “rebeldes” y a saludar el alba de la liberación?

Era necesario ahogar los gérmenes de esas ideas subversivas y poner en el corazón de los más valientes o de los más temerarios un terror tal que ninguno, de ahí en adelante, se atreviese a protestar o a intentar romper los lazos de servidumbre que ataban a todo un pueblo.

¡Un nuevo ejemplo hacía falta! Y para atemorizar a la muchedumbre, Murillo e Ignacio Valdéz habían ordenado la ejecución de los nueve condenados conducidos con tanta pompa al suplicio.

Rápidamente, otro balcón del palacio se llenó de espectadores. Entre esas últimas resaltaba una joven muy hermosa, cuya pureza de rasgos y tez clara revelaban su origen español. Era una verdadera *sangre azul* y parecía orgullosa de esa nobleza de raza en medio de mujeres más o menos morenas que la rodeaban y en cuyas venas corría seguramente sangre india o negra. Sus ojos oscuros, bien hendidos, rodeados de largas cejas, dejaban escapar miradas difíciles de analizar, pues su expresión era a veces tierna, dulce, amable como una caricia y a veces fría, dura como el acero, variando con movilidad extrema. En Bogotá todo el mundo conocía sus opiniones ultrarealistas, sus relaciones con los funcionarios de la colonia, con los oficiales del ejercicio real, en fin, con todas las personas que deseaban firmemente el mantenimiento del dominio español sobre la tierra americana.

Por lo tanto los patriotas, o por lo menos los que esperaban el momento propicio para declararse como tales, la detestaban de todo corazón, sin atreverse a manifestarlo. Huérfana desde hacía varios años, dueña de una gran fortuna, todopoderosa para hacer el mal, hubiera sido temerario desafiarla o insultarla. Ella conocía la hostilidad de la que era objeto y, por una fanfarronería de criolla a quien todo le es permitido, fingía regocijarse de

la muerte cercana de nueve seres humanos. Para exponer mejor sus antipatías republicanas, había querido que ese día de luto se volviera un día de fiesta, y para esa misma noche, había convidado al mundillo oficial de Bogotá a una brillante *tertulia* ofrecida y presidida por ella en su rica morada.

Al verla agitarse y gesticular febrilmente, al oír su voz altiva, arrogante, burlona y sus carcajadas insultantes, los que se entretenían del suplicio ofrecido a la muchedumbre murmuraban en voz baja: “La Pola está contenta... la sangre va a correr”.

Realmente se llamaba Pola Esperanza Zalbarita, pero en general, para designarla, se usaba el nombre de Pola, a menudo acompañado de epítetos poco halagadores.

Cuando el virrey supuso que la muchedumbre estaba lo suficientemente impresionada por la sombría majestad de la procesión fúnebre y las angustias de los reos, dio en voz alta la orden de ejecución.

Casi de repente, tres cuerpos izados en forma brusca por los brazos vigorosos de unos treinta soldados se mecieron en el extremo de las horcas. Luego de algunas convulsiones rápidas, los ahorcados permanecieron inmóviles, rígidos, la cabeza inclinada hacia delante, la faz congestionada, azulosa, deformada por las muecas horrosas de un dolor espantoso.

¡Vicente Acuzar, Juan Tejada y Felipe Sarzel habían vivido!

Los otros condenados apartaban la vista para no ver a sus desgraciados compañeros, pero los soldados situados detrás de ellos los obligaron a mirar golpeándolos brutalmente y gritándoles cobardes insultos.

El primer acto de la siniestra comedia había sido representado. Algunos aplausos, algunos gritos de “Viva el Rey” se hicieron oír y se perdieron en medio del tumulto incesante de las campanas, el canto de los monjes y el sordo rumor de la muchedumbre, que se atropellaba y se amontonaba ahora a poca distancia del *banquillo*.

Acostumbrados a todos los horrores de los campos de batalla, indiferentes en apariencia ante ese drama lúgubre, Sámano y Murillo conversaban con toda libertad de las medidas que debían tomarse para reducir a la impotencia a los independientes. Ignacio Valdéz, al contrario, seguía con interés los más mínimos incidentes de la ejecución.

Su figura pálida, severa, impasible, disimulaba mal el odio que colmaba su ser. Sin embargo se dignó sonreír cuando vio que la Pola aprobaba de un gesto la manera original con la que los soldados de Su Majestad Católica enviaban al otro mundo los enemigos de España.

¿No era acaso ese ahorcamiento por “levantamiento” repentino e inesperado algo muy gracioso?

Pero ya otros actores entraban en escena. Una víctima había tomado asiento en el *banquillo*. Era José Benavides. Quiso hablar, pero no se le dio tiempo. Un pelotón de granadinos parado a menos de diez pasos disparó y las balas destrozaron la cabeza del infeliz. Su cadáver rodó al piso quedando allí tirado.

Luego fue el turno de Jesús Ortega.

—Muero inocente —dijo—; muero víctima de una acusación que nuestros opresores han....

Los fusiles bajaron; las detonaciones interrumpieron la protesta empezada. Otro cadáver cayó.

A Jesús Ortega le sucedió Francisco Villanueva. Este mostraba un porte altanero y una valerosa prestancia. Se mantuvo en pie frente al *banquillo*, lanzó un insulto de desprecio a sus verdugos y gritó con una voz fuerte:

—¡Viva la libertad! ¡Viva la Patria!

Se derrumbó, el pecho perforado por las balas.

En seguida Jorge Fragoso tomó asiento en el lugar infame. Las lágrimas corrían por sus mejillas; bajando la cabeza murmuraba:

—Mis hijos...mi esposa. No los veré más. ¿Quién se apiadará de ellos? ¿Quién los socorrerá en su desamparo?

Preso de todas las angustias, del dolor y del desespero cayó fulminado.

Joaquín Cienfuegos resistió y se debatió con violencia. Algunos soldados lo ataron al *banquillo* con tiras de cuero. Mientras llevaban a cabo esa tarea, no cesó de injuriarlos y de escupirles insultos.

—Sí —dijo con vehemencia—, asesinos abyectos, verdugos cobardes, sus cadáveres serán pasto de los buitres... sus huesos se blanquearán en nuestras llanuras... repítanles a sus generales, a sus *corregidores*, a sus virreyes, a toda su vil ralea, a todos estos torturadores que les dan ordenes, que serán expulsados en forma vergonzosa de nuestras ciudades y de nuestros campos. La tierra americana los devorará a todos... a todos, hasta el último... pronto expiarán sus crímenes y sus delitos, bandidos, pícaros...

Sonó una nueva detonación y el cuerpo de Joaquín Cienfuegos, retenido sobre el *banquillo*, se dobló hacia delante, mientras que la sangre se escapaba por las heridas abiertas.

Sólo quedaba de pie Gregorio Caraldós quien avanzó lentamente hacia los cinco cadáveres y se inclinó.

—Mártires de una causa sagrada, os saludo —dijo con emoción.

Se volteó, presentó su pecho a los soldados que alistaban sus armas y no esperaban sino la voz de mando de un oficial para disparar. Recorrió con la mirada a la muchedumbre, buscando algún rostro amigo. Su esperanza fue sin duda vana, pues sus rasgos se contrajeron y gritó dolorosamente:

—¡Patria! ¿Quién te liberará? ¿Quién nos vengará?

—¡Yo! —contestó una voz.

Gregorio Caraldós se estremeció, y antes de que las balas españolas lo tumbaran inerte, al lado de los otros condenados, una sonrisa agradecida entreabrió sus labios y una llama iluminó sus ojos.